

ECCLESIA VIRGO: LA VIRGINIDAD EN LA IGLESIA Y LA VIRGINIDAD DE LA IGLESIA²

Los dos temas contenidos en este título *Ecclesia virgo*, que quisiera tratar aquí, son los de la virginidad³ en la Iglesia y la virginidad de la Iglesia. Se trata de mostrar que la vocación a la virginidad consagrada es eclesial y que la Iglesia, en su misterio, es virginal, a imagen de María, Virgen y Madre.

I. La virginidad en la Iglesia

1. El *magnum mysterium* del que habla Pablo en la *Carta a los Efesios* es el misterio de la unión de Cristo y de la Iglesia: *Pues somos miembros de su Cuerpo. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne. Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y a la Iglesia (Ef5,30-32)*. El “misterio” de Cristo, del que Pablo habla a lo largo de todas sus cartas implica la unión conyugal de Cristo y de la Iglesia. El matrimonio cristiano tiene como vocación reflejar esa unión. No procede de simples exhortaciones morales sino que se sitúa en el corazón del misterio, ya que hay una relación profética entre la unión del hombre y de la mujer, según el Génesis: *los dos se hacen una sola carne (Gn 2,24)* y la unión entre Cristo y la Iglesia.

¹ La autora es especialista en temas de Patrología, investigadora del “Centre National de la Recherche Scientifique” (Paris). *Cuadernos Monásticos* ya ha publicado otras contribuciones suyas en el nº 107 (1993), pp. 479-508 y en el nº 128 (1999), pp. 24-60.

² Ponencia en el Segundo Congreso-Peregrinación Internacional del *Ordo Virginum*, Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum*, Roma, 14 al 20 de mayo de 2008. Traducción del francés realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb (Abadía *Gaudium Mariae*, San Antonio de Arredondo, Córdoba, Argentina).

³ Cf. A. SOLIGNAC, *La virginité*, DSp, t. XVI, Paris, 1994, cols. 924-949.



2. San Ambrosio, en su tratado *Sobre la instrucción de una virgen*, escrito para la joven virgen consagrada Ambrosia, añade de inmediato, después de la cita de san Pablo: “Advirtamos que es por medio de la mujer como se cumple el misterio celeste de la Iglesia. En ella está figurada la gracia. Es a causa de ella que Cristo ha descendido y que ha cumplido la obra eterna de la redención de los hombres” (24)⁴.

Pero este “*magnum mysterium*” de la unión de Cristo y de la Iglesia puede ser vivido según dos modalidades: el matrimonio y la virginidad.

Cuando uno llega al fondo de la doctrina de los antiguos Padres referida a la virginidad y al matrimonio, se da cuenta de que estos dos estados no se oponen en absoluto entre sí, -al menos cuando se trata del matrimonio cristiano, de la “monogamia cristiana” (Tertuliano), sino que están el uno respecto del otro en un estado de superación. La virginidad cristiana va hasta el final de un gesto, mientras que el matrimonio se detiene a mitad de camino. La virginidad está situada en un grado más avanzado en la línea del *magnum sacramentum* respecto del cual trasciende el estado terrestre. Ella alcanza directamente lo que muchos Padres han dicho de la Iglesia y de Cristo -la sustancia de las bodas eternas- y elabora la teología de los desposorios de la Iglesia con el Verbo.

3. San Agustín, en el tratado *De sancta virginitate*, comenta el cántico de las vírgenes, que “sólo los vírgenes podrán cantar”, ya que *Estos son los que no se mancharon con mujeres, pues son vírgenes. Siguen al Cordero a dondequiera que vaya* (Ap 14,4).

“Son ustedes quienes, en las **bodas del Cordero**, cantarán con sus arpas el cántico nuevo, no como lo canta toda la tierra, a la manera como dice el Profeta: *Cantad al Señor un cántico nuevo, tierra entera, cantad al Señor* (Sal 45,1), sino como ninguna otra voz más que la de ustedes podrá hacerlo oír. Es así como han visto, en su Apocalipsis, a aquel a quien el Cordero quería más que a todos los demás, a aquel que tenía la costumbre de descansar sobre su pecho... Es él quien ha escrito acerca de ustedes, que *seguirán al Cordero dondequiera que vaya*. ¿A dónde va pues este Cordero, para que nadie sino ustedes se atreva y pueda seguirlo? ¿A dónde va Él? *Alegría de los vírgenes de Cristo, en Cristo, con Cristo, tras Cristo, por Cristo, para Cristo*. Marchen entonces hacia esas alegrías siguiendo al Cordero, porque la carne del **Cordero es virgen**. Él siempre conservó en sí

⁴ San AMBROSIO, *De l'instruction d'une vierge*, § 24, en: *Mariage et virginité dans l'Église ancienne*, Paris, Migne, 1990, p. 111 (Les Pères dans la foi).

esta virtud, que no quitó a su madre, cuando ella lo concibió y lo puso en el mundo. Con razón entonces, *adondequiera que vaya, ustedes lo siguen por la virginidad del corazón y de la carne*” (*De sancta virginitate* 27).

- “porque la carne del **Cordero es virgen**”: la razón de la elección de la virginidad que da san Agustín no es la razón escatológica, siempre invocada, sino la virginidad del Cordero. Es verdad que él comenta el texto del *Apocalipsis* y no el de la *Carta a los Efesios*, pero es notable que haya toda una corriente “joánica” que, desde Ignacio de Antioquía hasta Gregorio de Nisa en su *De virginitate*, insista en la virginidad de la “carne del Verbo”. San Juan, el “discípulo muy amado”, ha permanecido virgen y ha tenido la gracia y el privilegio de recibir a la Virgen María “en su casa”. María, por su parte, ha estado rodeada de hombres vírgenes: José, Jesús y Juan. Cristo mismo es el Esposo virgen de las bodas de Caná y de la Cruz, el Cordero intacto de las bodas escatológicas de la Jerusalén celeste.

- “**por la virginidad del corazón y de la carne**”: la virginidad no es solamente la virginidad carnal, aunque, en la consagración de vírgenes, sea la condición y el objeto de la consagración, sino que es, sobre todo, la virginidad del corazón que pertenece sólo al Único Dios, como se dice en el *Shema Israel* (*Dt* 6,4), o al Esposo, el Cristo, que es un Esposo virgen. Es el amor único al Amado que “virginiza” el corazón de aquella o aquel que ama a Dios o a Jesús con tal amor, como la novia del *Cantar*, que es *negra pero hermosa* (*Ct* 1,5), que es transformado por la iluminación bautismal. Porque la virginidad, antes de ser corporal, debe ser una “virginidad de espíritu” (*virginitatis mentis*).

“Que la pureza de ustedes sea en espíritu. Son pocos en la Iglesia los vírgenes en sus cuerpos, pero en todos los fieles debe permanecer la *virginidad de espíritu*” (*Sermón* 341,4)⁵.

Este tema agustiniano de la virginidad de espíritu volverá a aparecer en la espiritualidad cartujana.

- *La consagración de Virgenes:*

Las bodas virginales del Cordero son la *realidad*, cuya *figura* son las bodas carnales. El *Pontifical romano*, en el gran *prefacio de la consagra-*

⁵ AGUSTÍN, *Sermón* 341,4 (PL 39,1496).

ción de vírgenes, expresa esta idea con una fuerza impresionante:

“Oh Dios, que amas nuestras almas, **tú que restauras** por tu Verbo, por quien todo ha sido hecho, nuestra sustancia humana viciada por el engaño del diablo en nuestros primeros padres, que la restauras de tal manera que no solamente la reintegras a la inocencia de su primer origen, sino que la conduces a la experiencia de los bienes eternos que se poseen en el siglo futuro, y la haces llegar, incluso en esta condición moral, **a la semejanza con los ángeles, tú que has ordenado** las cosas de tal manera que las almas más elevadas no se detengan en lo que se hace en esas imitaciones que son las bodas carnales, sino vayan directamente a la **sustancia** de lo que esas bodas significan...”

Retomemos ese texto:

Se dirige al Dios redentor que restaura nuestra “sustancia humana” viciada por una parte, por el diablo “reintegrándola a la inocencia de su primer origen”, y, por otra parte, “conduciéndola a la experiencia de los bienes eternos que se poseen en el siglo futuro”. En esta doble mirada sobre el hombre, al comienzo (la protología) y al final (la escatología), en el paraíso y en el cielo, el hombre es virgen, virgen como Adán y Eva en el paraíso, virgen como lo serán los hombres en el cielo donde *serán como ángeles en el cielo* (Mt 22,30). Y esta virginidad a la que Dios hace llegar al hombre “en la condición mortal” es “a semejanza de los ángeles”. Ya hemos señalado que la virginidad del hombre no podía ser la del ángel que no tiene cuerpo y en consecuencia, no tiene el mérito de permanecer en la virginidad. La virginidad, como integridad carnal y soledad del ser es “a semejanza de los ángeles”: ella establece al hombre o a la mujer en esa pureza o esa perfección, pero como dice Dom Olivier Rousseau⁶, la virginidad del hombre no es la de la mujer, el hombre debe conquistar su virginidad, la mujer debe guardarla, como se defiende a una ciudadela.

Ahora bien Dios “ordena estas cosas”, lo que no quiere decir que Él las manda, sino que las pone en orden o que Él las “dispone” –como la *Vulgata* traduce el *Cantar de los Cantares* diciendo del Amado: *Él ha ordenado en mí la caridad* (Ct 2,4)– “de tal manera que las almas más elevadas no se detengan en lo que se hace en esas imitaciones que son las bodas carnales, sino que vayan directamente a la **sustancia** de lo que esas bodas significan...”

⁶ Dom O. ROUSSEAU, *Monachisme et vie religieuse d'après l'ancienne tradition de l'Église*, Chevetogne, 1957 (Coll. Irénikon 7).

Esta comparación entre las bodas carnales y las bodas con el Cordero es el vértice del Prefacio de la Consagración de Vírgenes: el matrimonio cristiano es una “participación” en el matrimonio de Cristo y de la Iglesia, tal como san Pablo lo evoca en la *Carta a los Efesios* (5); mientras que el matrimonio de Cristo y la virgen consagrada no es una “**participación**” en el *magnum mysterium* sino la “**realidad**” misma de ese misterio, ya que la virgen consagrada es asimilada a la Iglesia misma. Es en ese sentido como las bodas espirituales de la Virgen y del Cordero van “directamente a la **sustancia** de lo que esas bodas significan...”. Las bodas espirituales son “sustanciales”, mientras que las bodas carnales son todavía una “imagen” o una “imitación” del “*magnum mysterium*”. Lo que “significan” las bodas carnales es, precisamente, las bodas de Cristo y la Iglesia, o de la Virgen y el Cordero. En ese sentido, puede decirse que la virginidad es un camino más “directo” para realizar las bodas con Cristo, pues se realizan no por la mediación de un ser humano, sino “directamente” con Él. En ese sentido, hay también una “superioridad” de la virginidad por Cristo, y es la superioridad de un don (carisma) de amor proveniente de Cristo. Pero, colocándose en oposición con ese otro “estado de vida” que es la virginidad consagrada, los esposos cristianos se privan de reconocer en su unión carnal misma, esta parte de virginidad por Cristo que los vuelve “hermanos y hermanas” de aquellos que han elegido la virginidad.

Es por eso que hay una “complementariedad” o más bien una “plenitud” del matrimonio cristiano en el reconocimiento de su aspecto virginal que es justamente el hecho de que participa de las bodas de Cristo y de la Iglesia que son bodas virginales, ya que el Cordero es virgen, como su Esposa la Iglesia, María, o la virgen consagrada son vírgenes. Y esto no es posible más que en el matrimonio cristiano y no lo es en ningún otro matrimonio, porque el matrimonio cristiano es un “sacramento” que participa y actualiza el “misterio” de los desposorios virginales de Cristo virgen y de la Iglesia, virgen. Lo que es “significado” en el sacramento, es la “realidad” de ese “misterio”. Entretanto la consagración virginal coloca a la virgen consagrada en el nivel del misterio.

4. Santo Tomás se sitúa en esta misma perspectiva del signo y de la realidad en su *Comentario sobre las Sentencias*:

“Los ritos sensibles en la Iglesia son signos de las cosas espirituales. Pero como un signo corporal no es capaz de representar adecuadamente una realidad espiritual, a veces es necesario, para significar una misma cosa espiritual, emplear varios signos corporales. Ahora bien, el matrimonio espiritual de Cristo y la Iglesia tiene la *fecundidad* que nos regenera haciendo de nosotros hijos

de Dios, y tiene la *incompactibilidad*, puesto que Cristo se ha elegido una esposa que no tiene *ni mancha, ni arruga*, ni nada semejante (Ef 5,27)..Pero la *fecundidad* corporal es incompatible con la *integridad* de la carne; por eso era necesario representar por medio de signos distintos, la unión espiritual de Cristo y de la Iglesia en su fecundidad y en su pureza inmaculada. Y como el matrimonio carnal representa al matrimonio espiritual en su *fecundidad*, así era necesario que ese matrimonio espiritual fuera también representado en su *integridad*; y esto se hace por medio de la consagración de vírgenes” (In IV Sent., dist. 38, q. 1, a. 5)⁷.

El matrimonio carnal representa al matrimonio espiritual en su fecundidad y la consagración de vírgenes lo representa en su integridad. Son por lo tanto dos signos de una misma realidad. Además, santo Tomás insiste en la fecundidad espiritual de la “vida perfecta”.

“Para el bien de la raza humana, es necesario que se multipliquen los cuerpos, pero no lo es menos que crezca el espíritu. Así será proveer suficientemente a las necesidades de la multitud humana si unos se consagran a engendrar los cuerpos y si otros, renunciando a esta tarea, se consagran a la contemplación de las cosas divinas, para la belleza y la salud de todo el género humano” (S. T. II^aII^{ae}, q. 152, a. 2, ad 1um).

La objeción de la necesidad del desarrollo de la raza humana había ya sido planteada a Tertuliano, que había respondido que en los lugares donde las vírgenes se multiplican, la fecundidad de los matrimonios cristianos se multiplica también. Pero aquí santo Tomás insiste en el hecho de que la virginidad es tan necesaria para el desarrollo del género humano como la fecundidad carnal. Pero esta importancia de la virginidad para la humanidad hoy ya no se reconoce.

5. No obstante, algunos pensadores de comienzos del s. XX han visto en la virginidad el perfeccionamiento del mismo *eros*. Es lo que presentía Nicolás Berdiaeff en su libro *De la destination de l'Homme*.

“El amor está llamado a vencer a la antigua carne descubriendo

⁷ Citado por Th. CAMELOT, *Virgines Christi. La virginité aux premiers siècles de l'Église*, Paris, Cerf, 1944, introducción, pp. 19-20.

una nueva, en la cual la unión de dos individuos, lejos de exigir la pérdida de la virginidad, traerá consigo su realización, es decir su integralidad. Es únicamente en este punto incandescente donde puede nacer la transfiguración del mundo”⁸.

También el P. Teilhard de Chardin en su poema *L'éternel féminin* (1918), comentado por el P. de Lubac⁹, ha visto en la Virgen María el término del ascenso de toda la evolución espiritual de la humanidad:

“Yo soy de ahora en más la Virginidad –dice Beatriz, el eterno femenino, que Cristo ha recreado virgen, más bella que en su primer estado, para una fecundidad superior– *la Virgen es también mujer y madre: he aquí el signo de los tiempos nuevos... ..Yo soy la Iglesia, Esposa de Jesús. Yo soy la Virgen María, Madre de todos los hombres*”¹⁰.

Estas dos perspectivas reúnen, en cierta manera, el aspecto escatológico de la virginidad subrayado por Pablo en la *Primera Carta a los Corintios*: *Os digo, pues, hermanos: el tiempo es corto. Por tanto, los que tienen mujer, vivan como si no la tuviesen... Porque la apariencia de este mundo pasa (1 Co 7,29-31)*. En lo sucesivo la apariencia de este mundo pasa y la realidad eterna, de la que las cosas de este mundo no son más que signos, se torna próxima. Por eso, Pablo anticipa o se proyecta hacia esta realidad por venir que ya ha comenzado, hacia esta vida eterna donde *no se tomará ni mujer ni marido*” (*Mt 22,30*), donde las bodas eternas del Cordero y de su esposa, la Iglesia, se realizarán.

II. La virginidad de la Iglesia

1. La virginidad de la Iglesia ha sido afirmada siguiendo a san Pablo quien, respecto de la significación tipológica de Eva, “Madre de los

⁸ BERDIAEFF, N., *De la destination de l'Homme*, Paris, 1935, p. 311. «El cristianismo ha dado relevancia al culto de la virginidad y lo ha vinculado con el de la Virgen María. Es por otra parte el único punto en el que ha abordado de una manera profunda el problema del sexo» (p. 310). Ver también EVDOKIMOFF, P., *La Femme et le salut du monde. Études d'anthropologie chrétienne sur les charismes de la femme*, Paris, Tournai, 1958.

⁹ DE LUBAC, H., *L'éternel féminin. Étude sur un texte du Père Teilhard de Chardin*, Paris, Aubier, 1968.

¹⁰ DE LUBAC, H., *L'éternel féminin*, pp. 34-35.

vivientes” escribe:

Os tengo desposados con un solo esposo para presentaros cual casta virgen (“parthénon agnèn”) a Cristo. Pero temo que, al igual que la serpiente engañó a Eva con su astucia, se perviertan vuestras mentes apartándose de la sinceridad con Cristo. (2 Co 11,2-3).

La Iglesia de Corinto es esta ninfa. Pablo es el “paraninfo”. Está desposada indisolublemente con este esposo que es Cristo. Pero como Eva, esta Iglesia puede perder su virginidad por la seducción de la Serpiente aceptando falsas doctrinas. Convertirse en herética, esto es perder su virginidad.

Estamos aquí en presencia de la doctrina según la cual la virginidad de la Iglesia consiste principalmente en que ella mantenga intacta la fe en Jesucristo. Diciendo que la Iglesia es, como María, “siempre virgen”, el cristiano de la Iglesia primitiva piensa lo que nosotros expresamos hoy por la doctrina de la infalibilidad de la Iglesia. Es posible que el error penetre en una Iglesia particular y le arrebathe la integridad de su virginidad, —es decir la pura y auténtica doctrina de los apóstoles, la fe de María en el momento en que ha dicho su “sí”—, pero no que el error corrompa a la Iglesia universal.

2. La atribución de la “virginidad” a la Iglesia es muy antigua¹¹: Eusebio de Cesarea cita a Hegesipo, testimonio palestino de los primeros tiempos (hacia el 180) y añade: “que la Iglesia, en esa época había permanecido virgen, pura e incorrupta (*parthénos katharà kat’ adiapthoros émeinen è ekklesia*)”:

“Hasta ese momento, (la Iglesia) permaneció *virgen y pura y sin mancha*, ya que los que buscaban socavar la sana doctrina, la predicación de la salvación, se mantenían por entonces todavía disimulados y ocultos en *las tinieblas*. Pero cuando el coro de los santos Apóstoles encontró de diversas maneras la muerte, y la generación que tuvo la felicidad de escuchar con sus propios oídos la verdad divina hubo dejado la escena, entonces se levantó por primera vez el error impío, por culpa de doctores mentirosos” (*HE III,32,7*)¹².

Esta primera gran herejía que amenaza a la Iglesia es la *Gnosis*.

¹¹ Cf. LANNE, E., *Marian doctrine and piety up to the Council of Chalcedon: the Fathers and Liturgy* y *Marian issues from an Eastern perspective*, en DENAUX, A & SAGOVSKY, N., *Studying Mary. The Virgin Mary in Anglican and Roman Catholic Theology and devotion*, The ARCIC Working Papers, 2007, pp. 36-72.

¹² EUSEBIO, *Histoire Ecclésiastique, Livres I-IV*, SC 31, Paris, 1952, p. 144. Ver también,

Hegesipo de Jerusalén expone la misma doctrina que Ireneo de Lyon seguidamente: es necesario combatirla para guardar la pureza de la Tradición Apostólica en el seno de la Iglesia que ha permanecido virgen.

3. Ireneo de Lyon habla, en la *Carta sobre los mártires de Lyon*, de la “Virgen Madre” (*Parthéno Metri*). Se trata de la conversión de apóstatas que han recobrado la fuerza para confesar su fe y son mártires: “Los mártires daban la gracia a los que no eran mártires: fue una gran alegría para la *Virgen Madre* recibir vivos a los que muertos había echado de su seno” (Eusebio, *HEV*,1,45)¹³. La Iglesia que había echado de su seno a los *lapsi* a causa de su apostasía, los recibe y los da a luz de nuevo en el martirio, pero esta vez para la vida del cielo.

4. La *Carta a Diogneto*, inspirada sin duda en Hipólito de Roma, discípulo de Ireneo de Lyon, dice que la Iglesia, el nuevo Paraíso, es virgen:

“No hay ya nada que la Serpiente pueda alcanzar, ni la impostura infectar. *Eva ya no es más seducida, sino que la fe dice: ¡es virgen!* La salvación se manifiesta, los Apóstoles comprenden, la Pascua del Señor se acerca... los mundos se organizan en buen orden y el *Logos* se alegra enseñando a los santos; por Él el Padre es glorificado...” (*A Diogneto*, 12,8,9).

El escritor parece consciente del conflicto entre verdadera y falsa doctrina, entre la fe ortodoxa y la herejía. La Iglesia no ha dejado de ser mirada como virgen después de las herejías.

5. Los escritores *Alejandrinos*.

Cuando Clemente de Alejandría “se complace” en llamar a la Iglesia una “Virgen Madre” –*Mhvthr Parqevno*–, el contexto ya no es más el del martirio, sino el de la “pedagogía” de los niños recién nacidos, alimentados con la leche de la Palabra divina.

“¡Qué admirable misterio! Hay *un solo Padre* del Universo, *un solo Logos* del universo y, también, *un solo Espíritu Santo* en todas partes idéntico; hay, también, *una sola Virgen convertida en Madre*

EUSEBIO, *HEIV*,22,4, SC 31, p. 200: “A lo largo de todo este período, la Iglesia ha sido llamada virgen (*parthénon*), porque ella no había sido seducida por discursos vacíos”.

¹³ EUSEBIO, *Histoire Ecclésiastique, Livres V-VII*, SC 41, Paris, 1955, p. 18.

y que me gusta llamarla Iglesia. Esta madre sola no tuvo leche porque ella sola, no llegó a ser mujer; ella es al mismo tiempo *virgen* y *madre*, intacta en tanto *virgen*, llena de amor en cuanto *madre*; ella atrae hacia sí a sus niños pequeños y los amamanta con una leche sagrada, el *Logos* de los lactantes” (*Paed*, I,6,42)¹⁴.

La Iglesia es “virgen” porque ella es “intacta” (*akératos*): su doctrina es pura, sin infiltración de falsas doctrinas, ella no ha sido violada por la herejía. La Iglesia es “madre” porque está “llena de amor” (*agapetikè*). Y en el capítulo final, Clemente presenta a la Iglesia como la escuela donde el *didaskalo* es Cristo (*Paed*. III,12,99,1)¹⁵.

Orígenes permanece en este contexto de “pedagogía”, cuando establece la distinción, en su comentario de *Pr* 17,25: *Un hijo insensato es pena para su padre y amargura para la madre que lo ha engendrado*, entre la Iglesia Madre (*Meter Ekklesía*), esposa del Padre, quien es pura, y el pecado de sus hijos:

“La Iglesia también es nuestra Madre, a quien Dios Padre, por el Espíritu Santo ha tomado como esposa. Por medio de ella, Él engendra hijos e hijas para Sí mismo. Llenos de conocimiento y de sabiduría, ellos son la alegría de Dios nuestro Padre y de la Iglesia Madre. Pero ella gime y sufre a causa de sus hijos mal educados (*aspaideytoi*), cuando nosotros rehusamos arrepentirnos y ser salvados y permanecemos adheridos al mal” (*Exp. In Prov.*)¹⁶.

En su *Comentario al Cantar de los Cantares*, Orígenes no hace el paralelo María-la Iglesia, que lo conduciría a hablar de la virginidad de la Iglesia, sino que habla de una *Ecclesia immaculata* (*Prol.* 2,46)¹⁷. En latín el versículo del *Cantar de los cantares*: “Levántate, hermana mía, amiga

¹⁴ CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Le Pédagogue, Livre I*, (I,6,42); SC 70, Paris, 1960, p.187.

¹⁵ CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Le Pédagogue, Livre III*, (III,12,99,1); SC 158, Paris, 1970, pp. 185-187: “¡Felices los educados por esta pedagogía celeste! Perfeccionemos *el bello rostro de la Iglesia* y acudamos, nosotros los hijos pequeños, hacia *esta madre llena de bondad* y si nos convertimos en oyentes del *Logos*, glorifiquemos a la bendita Providencia, gracias a la cual el hombre es a la vez guiado por este Pedagogo y santificado en tanto que hijo de Dios, y a la vez ciudadano de cielo porque él es alumno del Pedagogo en la tierra y es capaz de recibir en lo alto al Padre a quien aprende a conocer en la tierra”.

¹⁶ ORÍGENES, *Exp. in Prov.* (PG 17,201 B), citado por PLUMPE, *Mater Ecclesia*, p. 78.

¹⁷ ORÍGENES, *Prol. 2,46, Commentaire sur le Cantique des Cantiques*, 8 (*Livres I-II*), SC 375, Paris, 1991, p. 125.

mía, paloma mía, mi perfecta (Ct 5, 2) ha sido traducido *mea immaculata* y ha dado lugar a toda una reflexión teológica sobre la *Ecclesia* “*sancta et immaculata*” (Ef 5, 27), pero esa es otra línea teológica respecto de la de la *Ecclesia Virgo* que permanece en la perspectiva de la fe.

6. Los escritores Africanos.

El título de *Mater Ecclesia*¹⁸ se vuelve a encontrar en los doctores africanos. Tertuliano llama a la Iglesia *Domina Mater Ecclesia*. Como esposa de Cristo, es *virgo sponsa* y los herejes son llamados “adúlteros de la verdad” (*adulteri veritatis; De praescr. Haer.* 30,12).

Cipriano de Cartago, cuando la persecución de Decio se abatía sobre África, comienza así sus cartas a los cristianos en prisión: “Exulto de alegría y gratitud, hermanos muy fuertes y bienaventurados, al conocer la fe y la virtud de ustedes, en quienes la *Madre Iglesia* es glorificada” (*Exulto laetus et gratulor, fortissimi ac beatissimi frater, cognita fide et virtute vestra, in quibus Mater Ecclesia gloriatur, Epist.* 10,1)¹⁹. La Iglesia, *sponsa Christi*, no puede serle infiel. Y cuando los herejes asaltan a la Iglesia, los obispos, sus pastores, no dudan de su fidelidad, es decir de su virginidad:

“Es imposible convertir en adúltera a la esposa de Cristo (*sponsa Christi*), ella es incorruptible y llena de pudor, no conoce más que una casa, un cuarto, donde, con casto pudor, protege la santidad. Ella nos guarda sanos y salvos para Dios, marca para el Reino a los hijos que ha puesto en el mundo. Quienquiera que se separa de la Iglesia para unirse a la adúltera se subtrae a las promesas hechas a la Iglesia y no accederá a las recompensas que dispensa Cristo si deja a la Iglesia de Cristo: es un extranjero, un sacrílego, un enemigo. *No se puede tener a Dios por Padre, si no se tiene a la Iglesia por Madre* (*Sobre la unidad de la Iglesia*, 6,1-8)²⁰.

El adulterio, esa es la herejía; ahora bien, la Iglesia en tanto que es

¹⁸ PLUMPE, J., *Mater Ecclesia. An Inquiry into the Concept of the Church as Mother in Early Christianity*, Washington DC, The Catholic University of America, 1943. Ver además DELAHAYE, K., *Ecclesia Mater d'après les Pères des trois premiers siècles (Unam sanctam, 46)* 1964, con un prefacio del Padre Yves Congar.

¹⁹ CIPRIANO DE CARTAGO, *Ep.* 10,1 (CSEL 3,2, 490,4).

²⁰ CIPRIANO DE CARTAGO, *L'unité de l'Eglise (De Ecclesiae catholicae unitate)* 6,1-8; SC 500, Paris, 2006, pp. 187-189.

sponsa Christi, custodia la cámara nupcial “con un casto pudor” (*casto pudore*). Aquí no se trata de *virginitas*, sino de *pucliticia*, castidad o pureza de costumbres o de *pudor*, actitud de reserva o de contención frente a todo aquello que mueve a avergonzar.

El adúltero deja a la Iglesia de Cristo (*ecclesia Christi*) y, en consecuencia, no puede ser hijo del Padre. De ahí la afirmación: *No se puede tener a Dios por Padre, si no se tiene a la Iglesia por Madre*, que subtrae al herético no sólo de la de la Iglesia²¹, sino también de la filiación divina²².

En Agustín²³, el término *pucliticia*²⁴ indica que la Iglesia puede permanecer “virgen”, aún cuando está formada por pecadores, por cuanto es posible²⁵ la conversión de ellos.

Fue Agustín, más que todos los demás, quien explicó la noción

²¹ Sobre la fórmula de Cipriano: *Salus extra ecclesiam non est* (*Ep.* 73, 21,2), ver SESBOUÉ, B., *Hors de l'Église, pas de salut. Histoire d'une formule et problèmes d'interprétation*, Paris, 2004.

²² Esta fórmula vuelve una y otra vez en la obra de Cipriano para mostrar que la relación entre la maternidad de la Iglesia y la paternidad de Dios depende de la pureza de la fe guardada en la Iglesia y confesada en la unidad de la Iglesia. Los *lapsi*, que “han rechazado a la Iglesia como nuestra madre, han rechazado a Dios como nuestro Padre” (*De lapsis*, 9); “No puede tener a Dios como Padre quien no tiene a la Iglesia como madre” (*Habere non potest Deum patrem qui Ecclesiam non habet matrem; De Ecclesiae Unitate*, 5); “*Ut habere quis possit Deum Patrem, habeat ante Ecclesiam Matrem*” [“Para tener a Dios por Padre, hay que tener antes a la Iglesia por madre”] (*Epist.* 74,6).

²³ Cf. AGTERBERG, M., *Saint Augustin, exègète de l'Ecclesia Virgo*, en *Augustiniana* 8 (1958), pp. 237-266; *Id.*, *L'Ecclesia-Virgo et la virginitatis mentis des fidèles chez saint Augustin*, en *Augustiniana* 9 (1959), pp. 221-276, *Id.*, *L'Ecclesia-Virgo et les Sanctimoniales d'après saint Augustin*, en *Augustiniana* 10 (1960), pp. 5-35; *Id.*, *Ecclesia-Virgo. Étude sur la virginité de l'Église et des fidèles chez saint Augustin* (sacado de la revista *Augustiniana*, vol. VIII-X [1958-1960]), Héverlé-Louvain, 1960, CR en *Vigiliae Christianae* 19,4 (déc. 1965), pp. 258-259, por L. Verheijen.

²⁴ La *pucliticia* significa la castidad y la pureza, a diferencia del *pudor*, que implica un sentimiento de vergüenza delante de la mirada de otro. Cf. HABIB, Cl., *Pudeur*, en CANTO-SPERBER, M., *Dictionnaire d'Éthique et de Philosophie morale*, Paris, PUF, 2004, tome 2, pp. 1591-1595; CASSIN, B. - MATEOS-DÍAZ, M., *Vergüenza/Vergogne*, en CASSIN, B., *Vocabulaire européen des philosophes*, Robert, Paris, Seuil, 2004, pp. 1338-1341. Este último artículo muestra el triple sentido del término griego *aidôs*: “vergüenza-honor-respeto”, que es preciso ver en el “pudor”. SCHELER, M., *La pudeur* (trad. fr. 1952) ha hecho un análisis fenomenológico del pudor.

²⁵ Cf. AGTERBERG, M., *Ecclesia Virgo. Étude sur la virginité de l'Église et des fidèles chez saint Augustin*, pp. 115-116: «Se hará posible ahora precisar más la tesis en cuestión, según la cual la virginidad de la Iglesia desemboca necesariamente en la *pucliticia*. Ya que, cuando llama a la Iglesia “virgen”, Agustín no excluye en absoluto a los pecadores. La conexión

de virginidad de la Iglesia como misterio mariano:

“Hoy la *Iglesia, virgen santa, celebra la maternidad virginal*. Ya que es a ella a quien se dirige el Apóstol: “*Os he desposado con un único Esposo: como una virgen pura yo los presenté a Cristo*” (2 Co 11,2). ¿Y por qué (como una virgen pura) si no en razón de la integridad de la fe, la esperanza y la caridad? La virginidad que Dios ha querido formar para la Iglesia en su corazón, Él la ha conservado ante todo para María en su cuerpo... La Iglesia no podría ser virgen si no hubiera encontrado por Esposo a quien ella debía ser confiada, *el Hijo de la Virgen*” (Sermón 188,3)²⁶.

Para Agustín como para Gregorio de Nisa en su tratado *de la Virginidad*, la virginidad de la Iglesia, como la de María, es un don de Cristo virgen, “hijo de la Virgen”. La virginidad es “crística” antes de ser mariana. Más aún, la virginidad tiene su fuente en la Trinidad misma, ya que el Padre engendra virginalmente a su Hijo desde toda la eternidad²⁷. “La virginidad pertenece propiamente a la naturaleza divina”, dice Gregorio, pero Dios la ha dado graciosamente a María y a toda alma virgen: “Así lo que se ha cumplido corporalmente en María inmaculada cuando la plenitud de la divinidad ha resplandecido en Cristo por la Virginidad, esto se cumple también en toda alma virgen según la razón”²⁸. Para Ambrosio, también, es Cristo quien, en su encarnación, ha dado a su madre y a la Iglesia la virginidad:

“Desde que el Señor apareció en la corporeidad y la unión de la

de la virginidad de la Iglesia y la *pudicitia* no es de tal naturaleza que excluya necesariamente la presencia de miembros que no posean la *pudicitia*. Sin embargo, en aquellos que no poseen la *pudicitia*, la Iglesia no es virgen de hecho. Debemos decir más bien que ella es virgen por su misión. En tanto que se puede esperar contrición y conversión, aquellos miembros permanecen en el seno de la Iglesia y pertenecen a la *Virgo*, puesto que reconocen que en razón de la conexión entre la virginidad del espíritu y la *pudicitia*, ellos deberán ser vírgenes. Ellos no niegan que la Iglesia debe ser virgen en todos sus miembros. Una razón más para afirmar: toda la Iglesia, santos y pecadores, reconoce que la virginidad de la Iglesia, en todos, debe necesariamente conducir a la *pudicitia*. Más tarde, esto será una realidad, mientras que en el presente, la Iglesia no es efectivamente virgen más que en aquellos miembros que lo son verdaderamente».

²⁶ AGUSTÍN, *Sermón* 188,3 (PL 38,1005).

²⁷ GREGORIO DE NISA, *Traité de la Virginité*, SC 119, Paris, 1966, c. II,1, p. 263.

²⁸ *Ibid.*, p. 269.

divinidad y de la humanidad se cumplió sin mancha, a partir de entonces hubo, en la tierra, esta vida celeste de la virginidad, permaneciendo oculta en los cuerpos humanos. Virgen es la madre Cristo, virgen es su esposa, la Iglesia” (*Sobre la virginidad*, I,3,13)²⁹.

Y el alumbramiento de la Iglesia, dice Agustín, como el de María es virginal:

“¿Cómo se podría decir que ustedes no pertenecen al alumbramiento virginal, puesto que ustedes son miembros de Cristo? María ha engendrado a Cristo; la Iglesia los engendra a ustedes. *Ella también es tanto madre como virgen: madre* por las entrañas de la caridad; *virgen* por la integridad de la fe y de la piedad” (*Sermón* 192,2)³⁰.

Así, para Agustín, en la base de la tipología María-Iglesia³¹ se halla la perpetua integridad y fecundidad incorruptible, siendo la integridad la virginidad de la fe y la fecundidad, la maternidad de la caridad.

III. La iglesia, virgen y madre

1. La Iglesia Madre y virgen

Es en el capítulo VIII de *Lumen Gentium* sobre “la bienaventurada Virgen María en el misterio de Cristo y de la Iglesia” donde el Concilio Vaticano II hace el paralelo entre María y la Iglesia³², quienes son, ambas, “vírgenes y madres”.

“Ahora bien: la Iglesia, contemplando la profunda santidad de la

²⁹ AMBROSIO, *Sobre la virginidad* I, 3, 13; 5, 22 (PL 16,192 y 195).

³⁰ AGUSTÍN, *Sermón* 192,2 (PL 38,102ss).

³¹ Es preciso notar que, para Agustín, la totalidad del Cuerpo de la Iglesia encierra a María misma: “Santa es María, bienaventurada es María. ¿Por qué? Porque María es una parte de la Iglesia (*portio Ecclesia*), un miembro santo, un miembro excelente, un miembro sobreluminante, pero siempre un miembro del cuerpo total. Si María pertenece al cuerpo total, está claro que este cuerpo es más que el miembro...” (*Serm. Denis* 25,7, ed. Morin, p. 163).

³² Cf. Mons. PHILLIPS, G., VI. *Marie et l'Église*, en *Marie. Études sur la Sainte Vierge*, sous la direction d'Hubert du Manoir, S.J. Paris, Beauchesne, 1964, pp. 363-419; THURIAN, Max, *Marie, Mère du Seigneur, Figure de l'Église*, Taizé, 1962; RAHNER, H., *María und die Kirche*, Innsbruck, 1951: ver sobre todo, *Einführung. María als Vorbild und inbegriff der Kirche*, pp. 11-21; *Immaculata*, pp. 23-30; *Immerwährende Jungfrau*, pp. 31-40.

Virgen, imitando su caridad, y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, *también es Madre*, por la palabra de Dios fielmente recibida; en efecto, por la predicación y el bautismo engendra para la vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios. *Y también ella es virgen que custodia pura e íntegramente la fidelidad* prometida al Esposo e imitando a la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo, *conserva virginalmente una fe íntegra*, una sólida esperanza, una sincera caridad” (*Lumen Gentium*, 64).

La fe de la Iglesia es mencionada en relación con la obediencia al Padre: “cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, la Iglesia también es Madre, *gracias a la Palabra de Dios* que recibe en la fe” (*Lc* 1,38) y a la fidelidad a su Esposo: “Ella también es virgen, habiendo dado a su Esposo su fe, que guarda íntegra y pura...”. Es lo que está sobreentendido en *2 Co* 11,2.

2. Por la acción del Santo Espíritu.

Este texto de *Lumen Gentium* (63-64)³³ refleja una lectura en un sentido eclesial –cuyos orígenes se remontan muy alto– del artículo del *Símbolo de los Apóstoles* sobre Cristo: “nacido por el Espíritu Santo, de María Virgen” (*natus est de Spiritu sancto ex Maria virgine*; Hipólito de Roma, *Traditio apostolica*) o “nacido del Espíritu y de la Virgen María” (*natus est de Spiritu sancto et virgine Maria*; Agustín, *Sermón* 213)³⁴. Al definir el nacimiento de Cristo como un “nacimiento espiritual”, es decir por la acción del espíritu Santo, y “virginal”, es decir de la Virgen María, el artículo del *Símbolo* aparece ya a los Padres de la Iglesia como el fundamento y el modelo del nacimiento sacramental de Cristo por la acción del Espíritu Santo, de la Virgen-Iglesia. Dídimo el Ciego, un alejandrino discípulo de Orígenes, escribe que la piscina bautismal –que designa a la Iglesia misma– “se convierte en madre de todos los fieles por la acción del Espíritu Santo, permaneciendo virgen”³⁵. También Ambrosio de Milán escribe en sus *Homilias sobre el Evangelio de Lucas*, texto al que remite *Lumen Gentium*, en nota:

“La santa Iglesia inmaculada en cuanto a la concepción, fecunda

³³Cf. CANTALAMESSA, R., *Marie miroir pour l'Église*, Éditions Saint-Augustin, 2002, pp. 264-266. *Id.*, *La Virginité*, Éditions du Lion de Juda, 1990.

³⁴ DENZINGER, *Symboles et définitions de la foi catholique*, Paris, Cerf, 1996, p. 6.

³⁵ DÍDIMO EL CIEGO, *Sobre la Trinidad* II,13 (PG 39,692).

en cuanto al alumbramiento, es *virgen* por su castidad, *madre* por su descendencia. Ella nos hace nacer como *virgen embarazada*, no de un hombre, sino del Espíritu Santo” (*Sobre el Evangelio según Lucas II, 7*)³⁶.

Siguiendo a Ambrosio, san Agustín pone constantemente en relación entre sí el artículo del Símbolo de los Apóstoles, que habla del nacimiento de Jesús *por el Espíritu Santo y la Virgen María* y el artículo que menciona a la “Santa Iglesia”. En relación con el primer artículo, dice:

“Nacido por la acción del Espíritu Santo y de la Virgen María: he aquí por cuál vía ha venido Aquél que ha venido y a quién ha venido; por la *Virgen María* en quien obra el *Espíritu Santo* y no un marido humano; Él ha fecundado a aquella que era casta guardándola intacta”.

Pasando después en el mismo sermón al artículo sobre la santa Iglesia, dice:

“La santa Iglesia es virgen y da a luz. Imita a María que ha dado a luz al Señor. ¿Acaso santa María no era *virgen* y, sin embargo *ha dado a luz, permaneciendo virgen*? Así ocurre con la Iglesia, ella *da a luz* y es *virgen*. Si reflexionas, ella verdaderamente da a luz a Cristo, porque quienes son bautizados son sus miembros... Si entonces la Iglesia da a luz a los miembros de Cristo, esto quiere decir que ella es semejante en todo a María” (*Sermon 213,3. 7*)³⁷.

La maternidad de María es una maternidad virginal y la virginidad de María es una virginidad esponsal, fecunda. En ella la maternidad y la fecundidad han cambiado ya que son fruto de la acción del Espíritu Santo en la carne. Y ocurre por el hecho de que todo esto se hace “*por obra del Espíritu Santo*” tanto en María cuanto en la Iglesia, que el paralelo y la identificación entre María y la Iglesia puede hacerse. Es en este misterio de la fe donde pueden comprenderse las relaciones del misterio de María y del misterio de la Iglesia.

Que la Virgen María haya permanecido *siempre virgen*³⁸, es siempre un misterio de nuestra fe católica. Esta maravilla de una maternidad

³⁶ AMBROSIO DE MILÁN, *Sobre el evangelio según san Lucas II, 7* (CSEL 32,4, p. 45).

³⁷ AGUSTÍN, *Sermón 213,3. 7* (PL 38,1061-1064).

virginal es, a la vez, una prueba y un examen para nuestra fe: es un “signo” como decía el profeta Isaías: *Por esto el Señor mismo les dará un signo: he aquí que la joven está embarazada y dará a luz un hijo (Is 7,14)*. La virginidad de la fe se convierte entonces en un argumento para fundamentar la virginidad perpetua de María. San Ambrosio se constituirá contra Joviniano, en el ardiente defensor de la virginidad de María *in partu*: era necesario que la Madre de Cristo fuera y permaneciera virgen, porque ella era la figura de la Iglesia: *virgo quia est ecclesia typus*³⁹.

La Iglesia, que Ambrosio llama la “virgen misteriosa” (*De virg.* I,6,31)⁴⁰, –lo que es una alusión a la profecía de *Isaías* (7,14)–, engendra virginalmente a los elegidos hasta el fin del mundo, donde todos serán “como los ángeles en el cielo” (*Mt* 22,30). Ya que la Iglesia del cielo es ella misma virginal.

Conclusión

La virginidad consagrada es eclesial, ya que es la forma más perfecta de realización de la unión de Cristo con la Iglesia. Y ella es mariana porque es eclesial, ya que la Iglesia es como María, virgen y madre. Pero la virginidad consagrada es también eclesial porque la consagración de las vírgenes es hecha por un obispo y la virgen consagrada depende directamente del obispo. La consagración de vírgenes, devuelta por el Vaticano II⁴¹, debe ser vista también en la gracia del obispo que ejerce su “poder de santificación” (*jus sanctificandi*) en esta forma de vida religiosa que está directamente vinculada con él en el corazón de la Iglesia local. La virginidad en la Iglesia es también una gracia y un signo para los esposos cristianos que pueden vivir la “parte virginal” de su matrimonio, en la participación en el único misterio de las bodas virginales de Cristo y de la Iglesia.

³⁸ Cf. RAHNER, H., SJ, *Marie et l'Église. Dix méditations sur la vie spirituelle*, traducido del alemán por B. Petit et J.-P. Gérard, prefacio del R. P. Yves M.-J. Congar, op (*Unam Sactam* 29) Paris, Cerf, 1955; *Id.*, *Mater Ecclesia. Lobpreis der Kirche aus dem ersten Jahrtausend*, Einsieden, 1944. Ver TROMP, S. *Ecclesia Sponsa Virgo Mater, Gregorianum* 18 (1937), pp. 3-29. Ver SICARI, Antonio, *Matrimonio e verginità nella rivelazione. L'uomo di fronte alla "gelosia di Dio"*, Milano, Jaca Book, 1977.

³⁹ AMBROSIO, *Exp. Lc.* 2,7 (PL 15,1555; CSEL, 32,IV, p. 45).

⁴⁰ AMBROSIO, *De virg.* I,6,31 (PL 16,197).

⁴¹ *Sacra Liturgia*, n° 80: “El rito de la consagración de vírgenes, que se halla en el pontifical romano, será sometido a revisión”. Texto publicado: *Ordo consecrationis virginum*, Vaticano II, 1970.

Finalmente, la virginidad es una gracia para la humanidad que, en el rostro de María, modelo de la Iglesia, Virgen y Madre, es elevada a la perfección espiritual.

La virginidad de la Iglesia es la afirmación tradicional, expresada desde san Pablo en la oposición de la virgen Eva, seducida por la Serpiente, y de la Virgen María que ha obedecido la Palabra de Dios por el hecho de que la Iglesia ha permanecido “intacta” e “íntegra” en su fe, no manchada ni dividida por las herejías. Es lo que decía Bossuet, obispo de Meaux, en una homilía “para la vestición de una nueva católica”, donde subraya que el amor a la virginidad por el único Esposo de la Iglesia es el amor de su unidad:

“El Santo Espíritu obrando en ti ha hecho nacer allí al mismo tiempo el amor a la Iglesia y el amor a la santa virginidad... La virginidad de la Iglesia es su verdad y su unidad... La Iglesia católica es la Iglesia virgen porque ella posee la unidad santa que la liga inseparablemente al Esposo único... Y como la Iglesia católica es la Iglesia virgen, es ella también la que alimenta a las vírgenes. Jesucristo no las recibe como esposas si la Iglesia, su bien amada, no se las presenta: es por esto que habiéndote destinado, desde la eternidad, a este matrimonio espiritual, que la pureza virginal contrae con Él, te ha inspirado al mismo tiempo este doble deseo de amar a la virginidad de la Iglesia y de guardar la virginidad en la Iglesia”⁴².

Notre Dame de Vie
Paris
FRANCIA